El leopardo del KILIMANJARO

Un relato y método de búsqueda de la propia vocación

Sergio Gorina Torrents

nowtilus

Colección: En Progreso
www.enprogreso.com
www.nowtilus.com

Título: El leopardo del Kilimanjaro
Autor: Sergio Gorina Torrents

Copyright de la presente edición: © 2011 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN: 978-84-9967-173-4
Fecha de edición: Noviembre 2011

Impreso en España
Imprime: Cofás Artes Gráficas
Depósito legal: M-36731-2011

Este es un relato que combina un programa de coaching *ejecutivo con una historia propia del género de los libros de viajes. El equilibrio que guardan ambas tramas durante toda la narración y la armonía con la que se suceden hacen que el lector reciba de forma muy amena los ejercicios de autoconocimiento que se plantean en la obra.*

Índice

La llamada de África 11

Día uno:
Traslado a Arusha 27

Día dos:
Inicio del ascenso y llegada a Machame Camp 55

Día tres:
Machame Camp – Shira Camp 85

Día cuatro:
Shira Camp – Barranco Camp 105

Día cinco:
Barranco Camp – Barafu Camp 127

Día seis:
Barafu Camp – Uhuru Peak – Mweka Camp 151

Día siete:
Mweka Camp – Arusha – Barcelona 173

Apéndice 193

Ejercicios: 195
Ejercicio 1:
Análisis de las decisiones adoptadas 195
Ejercicio 2:
Identificación de los principales valores personales 197
Ejercicio 3:
Establecimiento de una visión 201
Ejercicio 4:
Listado de las fortalezas y limitaciones 203
Ejercicio 5:
Elaboración de un plan de mejora 205
Ejercicio 6:
Puesta en práctica del plan de mejora 207

Carta al lector 209

Agradecimientos 211

Bibliografía 213

LA LLAMADA DE ÁFRICA

Las montañas bien podrían ser una forma de escapar de las ciudades y los hombres, del tumulto y de la duda, pero en el sentido más verdadero y profundo no es una huida de la realidad… sino un encuentro con ella.

James Ramsey Ullman

Acababa de leer en el periódico que los períodos de descanso constituyen un buen momento para conectar con uno mismo, para reflexionar sobre nuestra vida, lo que funciona y lo que no o lo que nos gustaría cambiar.

—Perfecto —pensé—. Es justo lo que necesito en estas vacaciones.

Percibía que ese año estaba constituyendo un punto de inflexión importante en lo que hasta ese momento había

consistido mi vida. Tenía cuarenta y un años y más dudas que nunca.

En el campo profesional, volvía a encontrarme en la casilla de salida. Hacía seis meses que había vendido mi participación accionarial en la ingeniería de sistemas de la que, tras varios años y mucho esfuerzo, había conseguido llegar a ser socio.

Con la venta, sabía que estaba poniendo fin a una trayectoria profesional de dieciocho años, ascendente, exitosa y lucrativa. Pero no me importó. Hacía tiempo que el trabajo ya no me motivaba y empezaba a sospechar que la insatisfacción que me invadía no era sólo coyuntural, fruto exclusivo de haber trabajado demasiadas horas sometido a excesivo estrés. Muy al contrario. Presentía que esta hundía sus raíces de forma más profunda, alcanzando a cuestiones centrales que urgía revisar: ¿Qué tipo de vida quería llevar? ¿Cuál era mi misión? ¿Cuáles mis valores? ¿Hacia dónde debía dirigir mis pasos? Y, en definitiva, ¿quién era yo?

Desde luego, la venta de las acciones causó una gran sorpresa entre mis socios y demás compañeros de oficina. Aún recuerdo con meridiana claridad los ojos de incredulidad con los que recibieron la noticia. Alguno me preguntó:

—Pero, Santi, ¿ya te lo has pensado bien? ¿Qué vas a hacer a partir de ahora?

—No lo sé —les respondí—. No tengo ni idea. De entrada, disponer de más tiempo para mí. Hacer más deporte, reflexionar, desacelerarme, dejar de ir corriendo a todos los lados para tener alguna opción de encontrarme

a mí mismo. —Me debieron de tomar por un pirado, estoy convencido.

En fin, sea como fuere, pasé a trabajar como *free lance* para una cartera reducida de clientes fieles que en su día aporté al despacho, y que tras dejarlo decidieron continuar conmigo. Entre los ingresos provenientes de dicha cartera y el montante obtenido por la venta de las acciones, disponía de un pequeño cojín financiero para hacer frente de forma modesta a la hipoteca y demás gastos personales, por lo menos, durante unos meses.

En el plano personal, estaba soltero. Hacía más de un año que Carmen me había dejado. Sospecho que, tras casi un lustro de convivencia, al final se cansó de esperar a que cambiase; a que se produjera un milagro y le diera la vuelta a mi escala de valores; a que conciliara nuestra relación con mi ajetreada y estresante vida laboral; a que volviera a hacerla reír. Me dijo que a mi lado se sentía infeliz. Que no la valoraba. Y al final me dejó. La verdad es que ni siquiera se lo reproché. No pude encontrar argumentos para rebatir una decisión tan lógica.

En definitiva, el balance de situación personal y profesional del último año, cerrado a una fecha anterior a las vacaciones de verano de 2008, no era precisamente halagüeño. Por un lado, había conseguido dinamitar una larga relación de pareja que me unía a una mujer extraordinaria. Por otro, en el campo profesional, en el que tradicionalmente mis éxitos parecían más consolidados, acababa de dar un enorme salto al vacío, mandando a hacer puñetas un lucrativo puesto de trabajo sin disponer de ninguna otra alternativa en ciernes.

Para colmo, en esos seis meses que llevaba como autónomo, mientras disfrutaba de una jornada laboral mucho más reducida, tampoco estaba encontrando la paz y serenidad que había imaginado. Las horas del día, una vez liberadas de asuntos profesionales, se acabaron convirtiendo en un espacio para el cuestionamiento existencial que me perseguía insistentemente y que me dejaba aún más agotado que el propio trabajo. El sentimiento juvenil de tener todavía toda la vida por delante empezaba a esfumarse. En su lugar, una emoción más negativa y recriminadora me recordaba que había consumido la mitad de mi existencia y aún me encontraba lejos de la estabilidad emocional y profesional que, se suponía, debía haber alcanzado a mis cuarenta y un años.

Me sentía tan exhausto, ansioso y desmotivado que sólo suspiraba por la llegada de las vacaciones de verano. Debía reflexionar sobre muchos y espinosos asuntos pendientes si quería volver a gobernar la vida carente de rumbo que llevaba en Barcelona.

En esas andaba cuando, a principios de junio, recibí en el móvil una llamada de un número de teléfono vagamente familiar que empezaba con el prefijo de Madrid. Inmediatamente supe que se trataba de mi buen amigo Pablo Alcaraz, que me llamaba desde su consulta.

A Pablo le conocía desde hacía once años, cuando fui destinado a Madrid por la multinacional en la que trabajaba por aquel entonces para supervisar la implementación de un proyecto de consultoría. Él era oriundo de Oviedo y tras licenciarse en Psicología se trasladó a la capital, donde acabó fundando un exitoso gabinete multidisciplinar especia-

lizado en *coaching* empresarial. Pablo era una de que aquellas personas sumamente cultas con las que siempre resultaba un placer conversar, en gran parte debido a la serenidad emocional que transmitía. Estaba felizmente casado y tenía una hija de la que me había hecho su padrino.

—¡Hola, Santi! ¿Cómo estás? —me preguntó afablemente.

—¡Como nunca! —le contesté de forma irónica. Pablo ya estaba más o menos al corriente de la espiral descendente por la que me deslizaba—. Y a ti, ¿cómo te va?

—Todo bien. Gracias. Verás, Santi, te llamaba porque este mes de agosto dispongo de toda una semana libre de obligaciones familiares y profesionales. Mi mujer tiene un congreso y mi hija estará de colonias. He pensado que podría cerrar la consulta unos días y ayudarte a resolver algunas cuestiones.

—Fantástico —contesté—. Realmente eres un amigo. ¿Quieres que baje a Madrid?

—Mejor aún. Podríamos hacer algo mucho más fascinante: ¡la ascensión al monte Kilimanjaro! —exclamó.

—Ostras, Pablo. Sabes que siempre me ha apetecido un montón, pero dudo que este sea el mejor momento. No tengo el ánimo adecuado. Además, mi situación económica es delicada. Ya no cuento con los ingresos de antes y debo administrar mis ahorros.

—Te equivocas, Santi. ¡Es el momento perfecto! Necesitas más que nunca un cambio de aires, darte a ti mismo una alegría. Llevas demasiados meses sin ellas. Estoy seguro de que podrás convencer a tu cuenta corriente

para que te preste ese dinero. ¡Míralo como una inversión en el espíritu!

—De acuerdo. Lo pensaré —concedí.

—Pues hazlo rápido porque estamos en la primera semana de junio y los vuelos se encarecerán a medida que se acerque agosto. Mientras te lo piensas —me dijo con pillería—, hablaré con Andreas Lehman para ver si puede acompañarnos.

—Oye, ¡que todavía no he confirmado mi asistencia! —me quejé, bromeando—. Y, ¿cómo le va al señor Lehman? Hace tiempo que no hablo con él. La última vez fue hace justo un año. Me comentó que dejaba Madrid y se trasladaba a Estados Unidos por trabajo.

—Cierto —contestó Pablo—. Ganó una promoción interna y dejó su puesto en la filial española del banco para ocupar una posición de alto nivel en la sede central, en Nueva York. Ahora forma parte del comité de dirección del banco, con sólo treinta y nueve años.

—Este alemán lleva una carrera espectacular. Realmente meteórica —comenté—. Y a nivel personal, ¿cómo le va?

—Muy bien —contestó—. Tiene novia desde hace un año. Es una chica australiana muy dulce y, según me comentó, bastante alta. Creo que, sin tacones, la niña ya mide 1,90 cm, casi tanto como él.

—¿En serio? Pues ¡menuda pareja! Recuerdo que le gustaban altas. Desde luego, a él físico no le falta para manejarla —dije con sorna—. Me alegro mucho por él. Sé que desde hacía tiempo buscaba tener una relación más estable y, conociéndole, no me extraña que ya haya alcanzado su objetivo de encontrar pareja. Pablo, déjame

unos días para pensar en tu propuesta y te digo algo. ¿De acuerdo? No te aseguro nada, pero te confieso que después de tantos años la idea de reunir otra vez a los tres mosqueteros de la montaña me parece genial.

Pablo siguió insistiendo durante un rato más sobre las virtudes de ese viaje. Luego, la conversación derivó hacia otros temas y finalmente nos despedimos.

Desde que dejé Madrid, a Pablo lo veía en pocas ocasiones, quizá una o dos veces al año. La distancia geográfica, la diferente situación personal y sobre todo nuestras apretadas agendas dificultaban los encuentros. Pese a todo ello, nuestra amistad seguía intacta. Además del interés por la filosofía y de la inquietud por toda clase de cuestiones relacionadas con el sentido de la vida, con Pablo compartía otra gran afición: el *trekking*; disciplina deportiva que practicamos en innumerables ocasiones durante el año que coincidimos en Madrid. La sierra de Gredos, los picos de Europa o el Pirineo aragonés fueron algunos de los escenarios escogidos para nuestras marchas en contacto con la naturaleza. Andreas también se apuntaba a muchas de ellas. Con el alemán me unía una gran amistad. A Pablo, sin embargo, lo consideraba un hermano.

Tardé dos días en reaccionar. La propuesta de Pablo había prendido la llama de la ilusión. Poco a poco esta fue expandiéndose hasta que, finalmente, todo mi ser ardía en deseos de realizar ese viaje. ¡Pablo tenía razón! Era el momento ideal para cumplir el sueño de ascender el monte Kilimanjaro, disfrutar de la naturaleza, caminar por la montaña y, alejado de Barcelona, enfrentarme a mis propios fantasmas.

Movido por aquel momento de lucidez, telefoneé a Pablo para comunicarle que el padrino de su hija se apuntaba a la expedición y que iba a llegar muchísimo antes que él a la cumbre del Kilimanjaro.

—Bueno, eso ya lo veremos —dijo el psicólogo riendo–. Por cierto, Andreas ha asegurado que si vamos, él se apunta.

—Perfecto —repuse—. Si te parece, podría proponérselo a dos amigos más. Sé que todavía no han hecho planes para este verano y estoy seguro de que la idea les atraerá. Además, encajarían muy bien en el grupo.

—Por supuesto —expresó Pablo—. ¿Quiénes son?

—Uno es Iñaki Zuarzu. Un amigo vasco que conocí en el MBA que hice hace un año en ESADE. Es un poco más joven que nosotros, tiene treinta y tres años, y trabaja en el departamento de ventas de una empresa farmacéutica de Bilbao. Es un tipo noble y muy ingenioso. Le encantan las motos, los deportes de aventura y, sobre todo, las mujeres. Además, mantiene la resistencia física propia del aborigen vasco: Iñaki participa asiduamente en diversos triatlones —concluí.

—Bien, ¿y el otro? —preguntó Pablo.

—Es una mujer, Carla Estevill. También la conozco del MBA. Tiene treinta y seis años. Es una chica alegre, divertida y muy inteligente que le ha dado la vuelta a su vida como a un calcetín, tanto a nivel personal como profesional. Trabajó durante más de diez años como abogada fiscalista en una multinacional. Lo dejó para crear una empresa de cosméticos que, por lo que sé, va bastante bien.

—Un cambio importante.

—Sí. Y, por otra parte, hace poco más de un año se divorció del que había sido su pareja toda la vida. Fue un golpe muy duro para ella, pero últimamente la veo algo mejor. Carla es muy fuerte y no se amilana ante las dificultades. Ya lo verás.

—Perfecto. Ya tengo ganas de conocer a tus amigos —sentenció Pablo vivamente entusiasmado.

Con el encargo de comunicar la propuesta a Carla e Iñaki, despedimos la conversación. Primero telefoneé a Carla. El proceso judicial de su divorcio había sido bastante traumático, pero ahora se sentía más aliviada. Había obtenido la custodia de su hija Belén, el uso del domicilio conyugal, una modesta pensión económica a favor de su hija y sobre todo una carta de libertad para iniciar una nueva vida. Le expuse mi propuesta de viaje y la aceptó encantada.

—¡Gracias, Santi! ¡Cuenta conmigo! Precisamente estaba pensando qué hacer este verano durante los días que Belén pasará con su padre y este viaje tiene toda la pinta de ser una auténtica aventura. —A continuación, con su dulce tono de voz, comentó animada—: No sé cómo son Pablo y Andreas, pero conociéndote a ti y a Iñaki, voy a tener que entrenar duro para seguir el ritmo de unos machotes tan competitivos.

Colgué el teléfono ilusionado con la idea de que Carla se uniera a la expedición. Su vitalidad y la facilidad con la que te regalaba una sonrisa iban a llenar de alegría al grupo.

Luego llamé a Iñaki. Al principio se mostró un tanto dubitativo. Me comentó que ya tenía muy interiorizado pasar las vacaciones de otra forma. Básicamente, en Ibiza, persiguiendo a rusas y suecas. Al final pude disuadirle de que se trataba de una oportunidad única para ascender al Kilimanjaro y de que, además, la calidad humana del grupo que iba a acometer ese desafío era inmejorable. Debí de utilizar mis mejores dotes de persuasión ya que, a los diez minutos de conversación, Iñaki también me confirmaba su asistencia.

Durante el resto del mes de junio consensuamos todos los detalles de la expedición con la agencia de viajes de aventura en Barcelona: fechas exactas, vuelos de origen y destino, vacunas y medicinas necesarias, precios, equipo recomendado, ruta a seguir hasta la cumbre, número de guías y porteadores por persona.

Afortunadamente nadie tenía ningún inconveniente para que el viaje tuviera lugar durante la semana que Pablo tenía libre, del 10 al 17 de agosto.

En cambio, sí que existió mayor controversia respecto a la elección del aeropuerto de destino, ya que Pablo prefería volar directamente al Aeropuerto Internacional del Kilimanjaro situado a las faldas de la montaña, cerca de la ciudad de Arusha. Por el contrario, a Carla, Iñaki y Andreas les parecía más auténtico volar hasta Nairobi, con la idea de conocer por encima la capital de Kenia, pasearse por sus calles, y desde allí tomar un autocar de línea que les condujera a Arusha, al otro lado de la frontera. Según nos comentaron en la agencia, la distancia que separa ambas ciudades podía cubrirse, por carretera, en unas cinco

horas, incluyendo los cuarenta minutos aproximados que llevaba la realización de los correspondientes trámites en la aduana entre Kenia y Tanzania, en Namanga.

Por mi parte, la verdad sea dicha, no estaba muy seguro de ver como un aliciente la posibilidad de compartir estrechamente y durante varias horas un medio de transporte terrestre interurbano atestado de sufridos habitantes del lugar; sobre todo en un viaje de tan corta duración y que previsiblemente iba a demandar un extraordinario esfuerzo físico.

Al final, adoptamos una decisión salomónica. Carla, Andreas e Iñaki volarían a Nairobi, vía Londres, mientras que Pablo y yo volaríamos directamente al aeropuerto del Kilimanjaro, vía Ámsterdam. Puesto que los vuelos de ambos grupos aterrizaban en sendos aeropuertos del continente africano sobre la misma hora —alrededor de las ocho de la tarde—, se convino que el primer grupo debía adelantar su partida veinticuatro horas y pasar la noche en Nairobi. De esa forma, podrían disponer del tiempo necesario para conocer la ciudad y viajar hasta el hotel de Arusha, donde debíamos encontrarnos todos, como muy tarde, a las nueve de la noche del día siguiente.

Corriendo ya los primeros días del mes de julio, otra de las cuestiones que urgía resolver era la relativa a la prevención de posibles enfermedades. Según nos habían indicado en la agencia en la que contratamos el viaje, la vacunación contra la fiebre amarilla era un requisito obligatorio para entrar en Tanzania y, además, esta debía administrarse como mínimo diez días antes del inicio del viaje.

Asimismo, tanto la agencia como el Centro de Vacunación Internacional nos recomendaron encarecidamente

que nos inmunizáramos, con una antelación mínima de tres semanas, contra la hepatitis A y B, fiebre tifoidea, tétanos y malaria. Aunque, en este último caso, al no existir vacunas, la prevención de la enfermedad debía hacerse con medicamentos.

En mi caso particular, no tenía actualizada ninguna vacuna, así que concerté día y hora en el hospital de Bellvitge, uno de los siete Centros de Vacunación Internacional situados en la provincia de Barcelona, para que me administrasen todas las vacunas de golpe.

Allí, el médico de turno me informó acerca de las enfermedades que estaba previniendo, me hizo las recomendaciones y prescripciones de los medicamentos que debía llevar necesariamente conmigo, de su dosificación, efectos secundarios, contraindicaciones y, en general, me alertó sobre toda clase de riesgos sanitarios inherentes a los viajes internacionales a países en vías de desarrollo, donde la disponibilidad local de determinados medicamentos no es segura.

Dentro de la lista facilitada por el facultativo, figuraba material para primeros auxilios (esparadrapo, vendas, antisépticos, analgésicos, termómetro, etc.), además de antibióticos, antidiarreicos, repelentes de insectos, cremas solares, pastillas potabilizadoras de agua y un largo etcétera.

Cuando aún no había salido de mi asombro, dada la magnitud que estaba adquiriendo el arsenal sanitario del que debía proveerme, el facultativo me indicó que aún no había terminado. Que a la lista anterior, debía añadir los correspondientes medicamentos para la profilaxis del paludismo y del mal de altura.

Para terminar de animarme, me entregó una hoja explicativa de los síntomas de este último, también conocido como mal de montaña, que definió como un trastorno causado por la falta de oxígeno en las grandes alturas.

Según rezaba la hoja, la gravedad del trastorno está en relación directa con la velocidad de ascenso y la altitud alcanzada, habiéndose constatado que, a partir de los 2.400 metros de altitud, muchos viajeros empiezan a notar sus síntomas. Para prevenir el mal de altura, la hoja recomendaba beber líquidos en abundancia (3 litros diarios), una dieta rica en hidratos de carbono, caminar muy despacio y, sobre todo, en caso de presentar cualquiera de sus síntomas (dolor de cabeza intenso, vómitos, sensación de falta de aire, insomnio, descoordinación), BAJAR CUANTO ANTES, escrito en mayúsculas, ya que, de lo contrario, el mal de montaña agudo podía provocar un edema pulmonar o cerebral.

Empezaba a quedarme claro que el viaje no estaba exento de riesgos y que debía contratar un buen seguro médico para viajeros que cubriera cualquier eventualidad.

Otra alegría vino por parte de Katia, la diligente y también atractiva chica croata que trabajaba en la agencia de viajes. Con una encantadora sonrisa me comentó que, en relación con otros *trekkings* famosos, el que se realizaba en el parque nacional del Kilimanjaro era comparativamente más caro que los demás debido a las elevadas tasas de acceso al parque y de acampada en el mismo. Adicionalmente, las autoridades del parque obligaban a contratar los *trekkings* sólo con agencias autorizadas, las cuales debían, necesariamente, facilitar un guía, un asistente de

guía, y dos o tres porteadores por persona en función de la ruta de ascenso escogida. Evidentemente, la manutención de todo el personal contratado y las propinas diarias, que tenían el carácter de obligatorias, correrían de nuestro cargo.

Una cuestión que quedaba por aclarar era la relativa a la elección de la ruta de ascenso. Al parecer, existían hasta siete rutas diferentes. Aunque la agencia únicamente organizaba las dos más demandadas: la Marango (que los nativos denominan «ruta de la *coca-cola*») y la Machame (también conocida por los nativos como «ruta del Whisky»). Según nos comentó Katia, la primera era la más frecuentada y masificada, ya que su recorrido resultaba más cómodo para andar y, además, en todos los campamentos existían refugios de madera donde pasar la noche. Por el contrario, la ruta Machame era menos habitual, por ser su trazado más exigente y no existir refugios, obligando a pasar la noche en tiendas de campaña. No obstante, esta última ruta era la que ofrecía mejores vistas durante toda la ascensión.

Al igual que en las fechas del viaje, también en este punto hubo unanimidad. Todos votamos a favor de la ruta Machame. Con la natural excepción de Carla, el resto del grupo presumía de exceso de testosterona, por lo que ni por asomo iba a poner en duda su virilidad eligiendo la ruta más fácil; de «nenazas», como la bautizó literalmente el vasco.

Por suerte, de la lista que me entregó Katia con el equipo recomendado para la ascensión, podía aprovechar la mayor parte del material técnico que ya había adquirido para *trekkings* anteriores y para la práctica del esquí.

En consecuencia, sólo debía procurarme un saco de dormir que soportara los diez grados negativos, una camiseta térmica adicional y una linterna frontal para las noches en el campamento y para la ascensión final.

Con todo, el viaje no iba, desde luego, a salir barato. De hecho, representaba un auténtico garrotazo a mi precaria economía, en un momento en el que, dado mi nuevo estatus de *free lance*, el dinero había dejado de entrar en mi cuenta corriente con la alegría de antaño.

No obstante, estaba completamente determinado a llevarlo a cabo. El Kili merecía la pena. Con sus 5.895 metros sobre el nivel del mar, me enfrentaba a la montaña más alta de África y uno de los volcanes más altos del mundo que se levanta de forma majestuosa y espectacular en medio de una planicie de la sabana africana. Según había visto en las fotos y documentales, su cumbre cubierta de nieves perpetuas le confería una personalidad y elegancia únicas en el mundo.

Estaba al tanto de que, además, el Kilimanjaro constituye una de las siete cimas más altas de los siete continentes según el modelo anglosajón, en el que, partiendo de los cinco continentes habituales, considera a América como dos (norte y sur) y le añade la Antártida como séptimo.

Desde luego, esos datos constituían para mí poderosas razones para seguir adelante con el proyecto. El momento de crisis personal que atravesaba también recomendaba emprender el viaje.